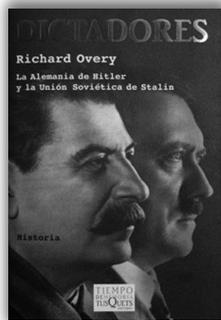


El aislamiento del individuo, su desligarse de la comunidad, paradójicamente, no lo hace más independiente, sino menos libre.

En las últimas páginas del libro el autor enuncia algunas medidas que podrían revitalizar una sociedad que aparece con el colorido y brillo de la publicidad, pero que esconde unas vidas monótonas y grises. A pesar de su escepticismo y pesimismo, Montesinos se permite un último aliento para la esperanza y lo deposita en la misma juventud a la que ha fotografiado de forma implacable. La propia vitalidad, energía y entusiasmo de los jóvenes le ofrecen una piedra de apoyo sobre la que articular unas formas de acción comunitaria que devuelvan a la juventud su capacidad para convertirse en protagonistas de la vida política y social. Al desconfiar de los partidos políticos, a los que sólo ve como aparatos burocráticos para la obtención y mantenimiento del poder, apunta hacia otras formas de movilización social de carácter espontáneo y anárquico como el cauce en el que podría confluir la energía juvenil y de este modo recuperar los espacios públicos con propuestas de transformación social. De esta forma, la cultura juvenil del 68 entroncaría con las manifestaciones rebeldes contra la globalización económica que han encontrado en el Foro de Porto Alegre su espacio para la comunicación. En este sentido formaría parte de la responsabilidad de los adultos transmitir a los jóvenes estos modelos de orquestación de la acción colectiva. Montesinos está esperando a que los jóvenes irrumpen en la vida pública negándose a ser domesticados, es decir, no conformándose con adquirir una tarjeta de crédito como única señal de identidad



OFICIO DE HISTORIADOR

RICHARD OVERY La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin

(trad. de Jordi Beltrán Ferrer,
Tusquets, Barcelona, 2006)

José Company Víctor

Cuenta Richard Overy, en el 'Prefacio' del libro, que desde muy joven le han interesado los dos dictadores y su época. Overy ha dedicado treinta años de investigación y trabajo a afrontar las verdades históricas. Tzvetan Todorov, en el capítulo referido a las dictaduras comparadas, afirma que ambas dictaduras pertenecen a un género político único: el totalitarismo. Este concepto histórico lo utiliza Overy para examinar los diferentes procesos históricos que impulsan a estas dictaduras a asesinar a gran escala. El libro analiza similitudes y diferencias entre los dos sistemas y, a su vez, explica cómo funcionaba la dictadura personal. Overy llega a la conclusión, tras una buena argumentación, de que las dos dictaduras no son dirigidas por un solo hombre, sino que había complicidad, amplio respaldo popular en dos sistemas revolucionarios que desencadenaban una enorme energía social con una violencia terrible y que, además, conferían a la población un sentido de legitimidad y certeza moral. Como diferencia esencial, el estalinismo construye una utopía comunista que encuentra apoyo por su hostilidad al capitalismo, mientras que el nacionalsocialismo, enfrentado al marxismo, preconiza un nuevo orden social europeo basado en la raza y la superioridad de la Europa germánica.

El capítulo primero ('Stalin y Hitler: caminos a la Dictadura')

relata las vicisitudes que llevan a Hitler y Stalin al poder y la coyuntura histórica de la Unión Soviética y Alemania. Stalin tiene un propósito central: construir el comunismo. Hitler, marcado por la derrota de la primera Guerra Mundial, aspira a una revolución nacionalsocialista. Ambos acceden a la dictadura personal tras dos períodos de crisis intensa tanto en la Unión Soviética como en Alemania. Las dos dictaduras fueron el fruto de una coyuntura histórica única, con aspiraciones populares de cambio. En el arte de gobernar, que da título al capítulo segundo, Overy revela la carencia de democracia en ambos países. Destaca la idea de Max Weber en torno a la figura del líder elegido del pueblo para personificar su voluntad. Cabe resaltar, paradójicamente, que a la autoridad sin restricciones de los dictadores correspondía una debilidad por la confusión y el desorden, en el caso de Hitler, y la inseguridad, acompañada de temor, en Stalin. En los cultos a la personalidad —capítulo tercero— se vislumbra claramente el contexto cultural y político de la época; surge la adulación sistemática al líder. Nietzsche valora el individuo que trasciende el *ethos* predominante y expresa su autonomía moral e independencia. Son los *Übermensch* o superhombres. Max Weber dice que la forma mejor de autoridad política debe ser la de la personalidad carismática, un líder independiente con fuerza psicológica y de voluntad. Carl Jung, por su parte, opina que los logros de la historia son obra de personalidades destacadas o líderes. Gorki anhela un superhombre que acabe con el viejo orden. En general, muchos intelectuales europeos hablan de una personalidad excepcional. Hitler se vincula con el pueblo que, a su vez, se personifica en Hitler, de modo que la voluntad de todos queda subsumida en la del líder. Stalin se identifica con el legado de Lenin: el primer culto a la personalidad. El éxito de los dos cultos a la personalidad se basa en la participación activa y entusiasta de millones de personas. El capítulo cuarto —el Partido-Estado— incide en el Partido, con la prohibición de cualquier otro, como institución fundamental de ambos sistemas. El nacionalsocialismo y el comunismo representan a toda la comunidad; el comunismo supone la revolución social y el

nacionalsocialismo reafirma el valor de la raza. No se trataba de partidos parlamentarios: aspiraban a ocuparse de la totalidad de la sociedad. En conclusión, los partidos —integradores, supervisores, persuasivos y coactivos— proporcionaban el medio práctico de ligar la población a la dictadura. En ‘Estados de terror’ (capítulo quinto) aparece el terror de Estado como una protección contra el enemigo. En la Unión Soviética, el enemigo estaba dentro y fuera del partido, a veces a sueldo de una potencia extranjera. Alemania tenía como enemigos prioritarios a los judíos y los bolcheviques que querían debilitar el estado nacionalsocialista. En ambas dictaduras, la represión estatal era competencia de cuerpos de policía y servicios de seguridad en colaboración con la judicatura. La teoría de la conspiración era el pretexto para justificar la represión que en Alemania era ilegal y en la Unión Soviética tenía unos fundamentos jurídicos acordados, a pesar de la injusticia y arbitrariedad. Las consecuencias fueron la muerte de millones de personas, la mayoría inocentes. Stalin defiende la lucha de clases contra el terrorista interno y las potencias extranjeras. Hitler ve en los judíos el enemigo cosmopolita que atacaría a Alemania. El aparato de seguridad está vinculado al Partido y al dictador: Himmler en Alemania, Ezhov en la Unión Soviética. Se origina una simbiosis peligrosa entre líderes, policía y pueblo, a la vez que se justifica la violencia. La construcción de la utopía (capítulo sexto) revela una visión social utópica que busca la sociedad perfecta en un orden nuevo. El objetivo común era crear una sociedad sin clases en una comunidad orgánica. En Alemania triunfa el darwinismo, la selección natural y la eugenesia. Se defiende la raza y aparece una ley para la protección de la sangre y el honor alemanes que prohíbe las relaciones sexuales y el matrimonio entre alemanes y judíos. Se practica el asesinato de Estado y se exagera el antisemitismo político y la xenofobia popular. En la Unión Soviética se rechaza la psicología freudiana y se valora a Lamarck y a Paulov (con su concepto del comportamiento inducido). Se defiende una comunidad exclusiva política, no biológica. Ambos modelos producen violencia, discriminación, persecución y

tergiversación y generan un abismo entre la fantasía utópica y la realidad social. La utopía alemana era biológica, defendía la pureza racial. La utopía soviética era sociológica, basada en la sociedad, en su mejora. Ambas dictaduras buscan la legitimidad en los fines en lugar de en los medios. El universo moral de la dictadura (capítulo séptimo) no se fundamenta en valores morales absolutos, sino en valores relativos cuyo origen eran circunstancias históricas particulares. La Unión Soviética defiende el marxismo-leninismo y la lucha de clases. Hitler se apoya en Darwin y Haeckel para reafirmar la idea de la selección natural. En ambos casos, la dictadura está justificada por leyes objetivas de la naturaleza y la historia, cuya consecuencia inmediata es un nuevo orden moral que justifica las acciones sin conciencia moral. En ambas dictaduras los derechos individuales están subordinados a intereses colectivos, ya sean comunistas o raciales. Hay dos principios fundamentales: el estado está por encima de la ley y se legisla contra el enemigo. La dictadura posee un valor histórico absoluto y ostenta la certeza histórica.

En el capítulo octavo, ‘Amigo y enemigo: respuestas populares a la dictadura’, se percibe una gran complicidad con el régimen por parte de la mayoría de la población y resulta difícil cuantificar la disidencia; no obstante, la represión estatal era tan fuerte que había poca disposición al enfrentamiento. El capítulo noveno se refiere a las ‘Revoluciones culturales’. Se defiende un arte oficial, en la práctica idealista y romántico en vez de realista, muy convencional. El estado era el orientador del arte y había censura. Había expectativas de que el realismo socialista y el realismo nacionalsocialista transformaran la relación entre el arte y el pueblo. La autarquía cultural evita las influencias externas y fomenta el arte popular. La dirección de la economía (capítulo décimo) analiza la autarquía económica y el aislamiento de la economía mundial. Fritz Pollock define el sistema alemán como capitalismo de estado, intervencionista, que protege los beneficios privados; es un capitalismo disfuncional típico en etapas de crisis. La economía soviética está planificada por el estado y, en realidad, es una economía mixta socialista y capitalista. Se

crea una economía de guerra en tiempos de paz y en ambas economías se perjudicaba y coaccionaba a la población. Eran sistemas económicos híbridos, resultado de una política utópica. El capítulo undécimo, ‘Superpotencias militares’, explica la conversión de las dos dictaduras en potencias militares. Da Overy dos causas fundamentales: el temor por su seguridad internacional y el militarismo omnipresente que se encuentra en su naturaleza misma. La guerra dio origen a las dos dictaduras y determinó sus propósitos políticos. Las dos dictaduras crearon metáforas de conflicto permanente como medio de legitimar el régimen. Oswald Spengler: “En el principio era la guerra”. Ernst Jünger: “No somos burgueses, somos hijos de la guerra y las guerras civiles. Con ‘Guerra Total’, capítulo decimosegundo, Overy analiza espléndidamente la guerra entre Alemania y la Unión Soviética: la lucha ideológica, la política internacional, la economía de guerra, la movilización social, los escenarios de la guerra, las formas de violencia y el cambio del signo de la guerra a favor de la Unión Soviética. La consecuencia de la victoria soviética es el afianzamiento de su sistema político y, tras la muerte de Stalin, la Unión Soviética pasa a ser el estado más armado del mundo. Con ‘Naciones y razas’ (capítulo decimotercero) Overy hace un estudio exhaustivo sobre la población alemana y soviética. La Rusia prerrevolucionaria presenta un estado imperial, no una nación, con un 45% de población no rusa y varias minorías étnicas. Miles de colonos alemanes llegaron a Rusia en el siglo XVIII, en la época de Catalina la Grande. Se afincaron en Ucrania, Crimea y el Cáucaso. En 1914 hay más de dos millones que mantienen su identidad cultural. Sus descendientes emigraron, en el decenio de 1990, al reunificado estado alemán. En Alemania, tras la Primera Guerra Mundial, la república de Weimar genera un sistema constitucional y liberal no aceptado por todos los alemanes. Los pangermanos aspiran a la unión de Alemania y el territorio poblado por alemanes, pero el tratado de Versalles no lo permitía. Hay territorios fronterizos con importantes minorías alemanas; tras la desmembración del Imperio Habsburgo, millones de alemanes están bajo dominio checo o italiano. El *Volk* incluía a todos los

alemanes de dentro y fuera del territorio, tenía un respaldo pseudo-científico (la biología social popular) y defendía la exclusividad racial. La Unión Soviética es un estado socialista multinacional y la nación es la expresión de una cultura particular y única. En Alemania el estado se corresponde con la nación o la raza de forma exclusiva y hay rechazo frontal del internacionalismo y los judíos. El antisemitismo fortuito estaba extendido en la Unión Soviética, Alemania y el resto de Europa. En Alemania, particularmente, se ve al judío como enemigo de los valores alemanes y una amenaza biológica. La biología social hereditaria estaba de moda antes de 1914. La represión estatal antijudía fortalece la identidad judía exclusiva y la vincula con el sionismo. La relación entre el nacionalismo alemán y la identidad judía es importante para conocer las decisiones que llevan al genocidio. El asesinato en masa de los judíos comienza en junio de 1941 y sigue hasta el final del Reich. La cifra de judíos asesinados, según Overy, está muy próxima a los seis millones. Las diferencias fundamentales entre los dos países, en la cuestión judía, son que para Hitler es un problema de supervivencia nacional y Stalin los ve como enemigos políticos. El 'Imperio de los campos' (capítulo decimocuarto) es representativo de los dos sistemas dictatoriales. En la Unión Soviética tienen su origen en la guerra civil rusa. El *Gulag* presentaba diferentes clases de campos con unas condiciones de trabajo muy duras. En Alemania los campos comienzan como prisiones para oponentes políticos y fueron, con el tiempo, de competencia exclusiva de las SS. Crecieron los campos en la Europa ocupada y, en general, tuvieron una importante función económica. Cada campo era distinto en función del clima, la topografía, el trabajo, los guardianes y la jerarquía. El sistema alemán era físicamente duro y psicológicamente destructivo, estaba dirigido como una unidad militar. El campo soviético, dirigido por el NKVD, tenía un departamento cultural y educacional. El sistema del *Gulag* era menos mortífero que los campos alemanes. La mayoría de muertes se produjeron en la guerra por la escasez de alimentos y medicinas. El sistema alemán tenía una tasa de mortalidad del 40%. El campo soviético del 14'6%. La crea-

ción de campos era una consecuencia directa de la ideología de las dictaduras que se apoyan en la culpabilidad y destrucción del enemigo.

El libro finaliza con una conclusión sobre las dos dictaduras, surgidas tras la Primera Guerra Mundial, fruto de una cultura política y un entorno social. Se trata de un sistema exclusivo, maniqueo y holístico. Aborrece el liberalismo y la democracia. Las consecuencias fueron terribles: muertes, destrucción de comunidades antiguas, deportaciones masivas, destrucción de ciudades y erradicación de parte de la cultura más rica de Europa. La mayoría de la población se persuadía, o era persuadida, de que valía la pena luchar por el ideal. Se acentuaba el carácter metafórico y esquizofrénico de las dos dictaduras en donde la verdad se convierte en falsedad y la falsedad en verdad. Las dictaduras holísticas dependen de crear complicidad, aislar y destruir a una minoría elegida que obliga al resto a ser incluido y protegido. Ambas dictaduras muestran una relación entre dictador y pueblo compleja, diversa, ambivalente y contradictoria; las dos presentan estrategias políticas y sociales parecidas en una situación de crisis europea. El intérprete soviético Valentín Berezhkov, que se encontraba trabajando en Berlín en la primavera y el verano de 1940, se sorprende de la familiaridad de lo que le rodeaba. En cada capítulo hay una o dos citas significativas por el mensaje que encierran. El libro se completa con un índice de cuadros y mapas, una bibliografía muy completa y unas notas, correspondientes a la información de cada capítulo. Hay ilustraciones y, al final, un índice onomástico y toponímico. Overy es un historiador que intenta comprender los procesos históricos, en una realidad compleja, fragmentaria y poco definida. Su objetivo es alcanzar y afrontar las verdades históricas. Para ello, utiliza una excelente y variada bibliografía que incluye los archivos de la Unión Soviética y el Tercer Reich. Selecciona y obtiene información de fuentes documentales, diferenciando los hechos de las opiniones. Maneja tanto fuentes primarias como secundarias, así como datos estadísticos. Contrasta informaciones contradictorias o complementarias en un hecho o situación y trabaja textos históricos de especial relevancia; es un historiador, pues,

muy bien documentado. Analiza el contexto histórico de los dos países desde mucho antes de la dictadura —la unificación de Alemania y la Rusia zarista—, localiza en el tiempo y en el espacio los acontecimientos y procesos históricos más relevantes, identificando los factores que intervienen en los procesos de cambio histórico, distinguiendo causas y consecuencias. Valora el papel humano tanto individual como colectivamente, utiliza conceptos fundamentales para comprender la realidad, estudia los componentes demográficos, económicos, sociales, políticos y culturales que intervienen en los procesos históricos y su interrelación, establece relaciones entre el pasado y el presente, indagando los antecedentes históricos y las circunstancias que los condicionan.

Overy es un historiador de formación académica, ávido lector que recoge fragmentos significativos para explicar la historia, sintetizando la complejidad del fenómeno que pretende estudiar. Se apoya en diversas disciplinas para explicar objetivamente la realidad y extrae conclusiones a través de hechos concretos. Se trata de un libro de lectura amena, salpicado de anécdotas y detalles que dan viveza al relato. Overy muestra las contradicciones de los personajes sin caer en la fácil uniformidad, mostrando una riqueza de visión realista y profunda. Los personajes, en su quehacer cotidiano, nos acercan más a la historia. Bulgákov siente hacia Stalin una relación de atracción y repulsión, vive con tensión y remordimientos. Eicke, ultraderechista y violento, sacado de un hospital psiquiátrico por Himmler, redactó las ordenanzas de todo el sistema de campos de concentración y adquirió el título oficial de inspector de Campos de Concentración. Sirva esta digresión para resaltar el realismo kafkiano de unos seres humanos guiados por la lógica del absurdo. Historia y vida. Overy, desde un punto de vista liberal y democrático, sin prejuicios, con oficio de historiador, relata la historia de una Europa en crisis y convulsa. Su dominio de la síntesis implica una inteligencia y cultura inmensa. Es un libro recomendable y de gran utilidad, imprescindible para comprender la historiografía del siglo XX.